

Marcos Vázquez

# IMAGINARIUS



TRILCE

Marcos Vázquez

# IMAGINARIUS

Ilustraciones de  
Renzo Vayra

Ediciones  
**TRILCE**

[www.imaginarius.com.uy](http://www.imaginarius.com.uy)

Ilustraciones de carátula e interior:  
Renzo Vayra, 2010

© 2010, Ediciones Trilce  
Durazno 1888,  
11200 Montevideo, Uruguay.  
tel. y fax: (598) 2 412 77 22 y 2 412 76 62  
[trilce@trilce.com.uy](mailto:trilce@trilce.com.uy)  
[www.trilce.com.uy](http://www.trilce.com.uy)

ISBN 978-9974-32-555-5

*A mis cuatro grandes amores:  
Sandra, Lucía, Matías y Agustín*

## CAPÍTULO 1

Maxi se aferró con fuerza al cuello del unicornio. El dragón se acercaba, a gran velocidad, para destruirlo con sus garras. Maxi lo esperaba, firme. Cuando lo tuvo casi al alcance de la lanza, el dragón le arrojó una gran bocanada de fuego.

Triángulo, triángulo, círculo. Accionó los controles con rapidez y esquivó apenas el ataque mortal.

La vida se le acababa y tenía que derrotar al dragón lo antes posible.

Cuadrado, cuadrado, cuadrado. La lanza se clavó en medio del cuerpo del enorme animal. Los gemidos de dolor se escucharon en toda la habitación. Había logrado el objetivo. El dragón cayó sin vida.

—¡Bien!

Sabía que era el último obstáculo para terminar el juego, y no podía imaginar la sorpresa que le esperaba al final de la aventura.

—Ahora es su turno, señor Maléficus.

Accionó la palanca derecha del joystick y el personaje se encaminó hacia el imponente castillo oscuro que aparecía en el fondo de la pantalla del televisor.

—Me voy a trabajar, mi amor —lo interrumpió su madre.

—Chau, mami —contestó, sin quitar la vista del juego.

—Te dejé la comida en el microondas. ¡No pases todo el día sentado frente al televisor! —Quedó a la espera de una respuesta.

Maxi no se inmutó. Estaba concentrado en ingresar al castillo de Maléficus y cualquier movimiento en falso le costaría «la vida».

—¡Maximiliano!

El grito hizo que se sobresaltara y dejara de jugar por un instante.

—¿Qué?

—¿Escuchaste lo que te dije? —La madre había puesto los brazos en jarra, apoyados en la cintura, en un gesto de impaciencia.

—Sí..., algo sobre la comida, que estaba, en, en... —no recordaba nada.

—Te dije que me voy a trabajar, que tu comida está en el microondas y, lo más importante de todo: que no pases toda la tarde con los videojuegos. ¿Está claro ahora?

—Sí, mamá. Clarísimo.

Aurora lo miró con desconfianza.

—Pero, mamá... —se quejó—, estoy de vacaciones, no puedo salir al patio porque hace mucho frío y me quedo solo toda la tarde en casa. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

La cara de ese santito de trece años no la engañaba ni por un momento.

—Leer —respondió, mientras le daba un beso antes de irse.

—¡Ufa! —protestó Maxi— está bien. Te prometo que leo, pero ahora estoy a punto de terminar el juego. Después almuerzo y me pongo a leer un rato —la madre ya había abierto la puerta—. ¿A qué hora vuelve papá?

—Llegamos juntos, cerca de las siete de la tarde. No olvides pasar llave —fue la última recomendación antes de salir.

Maxi volvió a lo suyo.

Pedro, un amigo del colegio, le había regalado ese juego para su cumpleaños. Todos conocían su habilidad para resolver difíciles acertijos y ganar las más complicadas batallas contra aquellos monstruos mitológicos. Según Pedro, nadie había llegado al último nivel.

«Imaginarius» estaba genial. Desde que empezó a jugarlo, no pudo parar y sólo se alejaba de la consola para comer y dormir. Se trataba de vencer a un villano llamado Maléficus, que tenía aterrorizados a los habitantes de un pueblo cercano al reino. Cada vez que una persona se miraba en un cierto espejo, Maléficus se apoderaba de su alma y se la llevaba al castillo, ubicado al pie de la montaña de Evilnor.

En el juego, Maxi manejaba a un personaje adolescente que, con la ayuda de un pequeño duende, había logrado ingresar al mundo del malvado. A partir de ese momento, debió enfrentar diversos desafíos, acertijos y a toda clase de criaturas fantásticas, hasta llegar a las puertas del castillo.

Y allí estaba, justo cuando su madre lo interrumpió.

Todo el lugar aparecía de un color gris acerado. Las puertas y ventanas eran más oscuras que las paredes, como agujeros negros que se perdían hacia adentro del castillo.

Maxi no sabía qué tenía que hacer para entrar. Recorrió los muros en busca de alguna piedra que sobresaliera de las otras para presionarla.

Nada. Ni una señal.

Se acercó despacio a la entrada principal. Para su sorpresa, descubrió que no había ninguna puerta, sólo una entrada, así que presionó la palanca del joystick e ingresó poco a poco en la oscuridad. Se dio cuenta de que avanzaba porque al mirar hacia atrás, vio cómo se alejaba de la luz exterior. Al cabo de unos minutos, ya no podía ver nada hacia ningún lado.

Como si el juego y la vida real coincidieran en ese momento, Maxi se percató de que el living de su casa se había oscurecido de pronto. Miró por la ventana y observó que el cielo estaba cubierto de nubes negras que anunciaban tormenta. Se intranquilizó un poco. No le gustaba estar solo en su casa cuando había truenos y relámpagos.

Volvió a concentrarse en la misión. La pantalla del televisor estaba oscura y sólo se veía el indicador de vida en la

esquina superior izquierda. Le quedaba muy poca. La batalla contra el dragón había sido la más dura de todos los niveles anteriores que había recorrido.

Un destello iluminó la escena. No supo distinguir si fue dentro del juego o era la luz de un relámpago que ingresó por la ventana.

A lo lejos, en el televisor, se empezó a divisar un punto luminoso. Pensó que sería una salida o una entrada a otro lugar dentro del castillo. Quizás fuese la puerta de ingreso al cuarto de Maléficus.

Decidió acercarse.

A medida que lo hacía, el punto luminoso aumentaba de tamaño.

Un fuerte trueno hizo temblar hasta los cuadros colgados en la pared.

Maxi se sobresaltó.

Recordó las recomendaciones de sus padres con respecto a desenchufar todos los aparatos eléctricos cuando había tormenta. Pero eso no sería posible ahora: si apagaba la consola, perdería el último nivel jugado. No había salvado después de derrotar al dragón.

Continuó sin hacer caso a los relámpagos. No podía abandonar ahora que estaba tan cerca. La pequeña luz se agrandó hasta ocupar más de la mitad de la pantalla. Los bordes formaban un rectángulo.

Al fin llegó frente a la figura luminosa y vio que no se trataba de una puerta ni de una ventana. Era un espejo.

Se detuvo. Observó con atención qué imagen se reflejaba en él. La superficie cambiaba de color todo el tiempo y diferentes formas aparecían una tras otra. Como no lograba ver con claridad, apoyó el joystick en el sillón donde estaba sentado, se paró, y se arrimó a la pantalla del televisor. Miró el espejo tan de cerca como pudo.

La figura de un ser humano se dibujó con claridad.  
Un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¡Era su propia cara!  
El ruido de un potente trueno lo sobresaltó. Todas las luces se apagaron y los aparatos eléctricos dejaron de funcionar.  
Maxi cayó al suelo aturdido por la explosión. Cuando se recuperó, levantó la cabeza y miró hacia la pantalla.  
No podía creerlo.  
Un espejo flotaba en el aire delante de él.

## CAPÍTULO 2

A las dos de la tarde de aquel martes, Lara recogió todas las artesanías que tenía a la venta, las guardó en el carrito que llevaba enganchado a la bicicleta, y se dispuso a marcharse de la feria rumbo a su casa. En un día normal hubiese permanecido en el puesto hasta las cinco de la tarde, pero la tormenta que se avecinaba había ahuyentado a todos los posibles clientes.

Con apenas catorce años Lara tenía que hacerse cargo del sustento de la familia. Ella y Carlos, su hermano menor, vivían con Julia, su tía, que los había criado desde muy pequeños.

Años atrás la madre de Lara le había pedido a Julia que los cuidara mientras ella viajaba a España en busca de trabajo. Cuando estuviera instalada y con ingresos fijos, regresaría a buscarlos. Nunca más la volvieron a ver.

Lara jamás conoció a su padre que, de acuerdo a las historias que le contaba Julia, era un marinero que amaba más al whisky que a su mujer.

Con el paso de los años, la tía Julia se vio afectada por una enfermedad que le impidió moverse con normalidad, lo que obligó a Lara a dejar el liceo para hacerse cargo del pequeño negocio familiar. Todas las mañanas iba en su bicicleta a la feria de turno y se disponía a vender las artesanías que fabricaba su tía.

Mientras apuraba la bici para no ser alcanzada por la lluvia, Lara sintió una explosión que la hizo perder el control y cayó al suelo. Todo lo que llevaba en el carrito se desparramó en plena calle.

Estaba asustada, dolorida por el golpe y bastante confundida. No entendía qué le había sucedido. Se puso de pie,

levantó la bicicleta y se dispuso a recoger las artesanías del suelo.

Mientras lo hacía, notó que se había lastimado el codo derecho. Tenía la mano raspada y llena de piedritas y de tierra. Su jean estaba roto en la rodilla y una mancha roja asomaba por el orificio.

Todavía le faltaba casi una hora de pedaleo antes de llegar a casa, por lo que decidió higienizarse las heridas para que no se le infectaran. Confiaba en que algún vecino de la zona le facilitaría al menos un poco de agua y jabón.

Se dirigió a la primera casa que encontró. Atravesó el portón de entrada y cuando estuvo frente a la puerta tocó el timbre un par de veces.

Nadie contestó. Volvió a tocar. Otra vez, no hubo respuesta.

Se acercó a una ventana. Las cortinas estaban abiertas y se veía hacia dentro de la casa.

Lo que descubrió la dejó sin aliento.

En el medio de lo que sería el living, frente al televisor, un muchacho luchaba con desesperación para no ser absorbido por una figura de bordes iluminados y rectos. Al parecer era una especie de pantalla o espejo.

Cuando él la vio asomada a la ventana, hizo gestos desesperados como pidiendo ayuda.

Sin dudarle un momento, Lara se dirigió a la puerta, giró el picaporte y entró. Por fortuna, estaba sin llave. Una vez dentro corrió lo más rápido que pudo y aferró al muchacho de las manos para impedir que el espejo se lo tragara por completo.

—¡No me sueltes, por favor! —suplicó el chico.

Lara no contestó. Prefirió concentrar todas sus fuerzas en ayudarlo. Tironeando consiguió sacar parte de las piernas del muchacho, que habían desaparecido ya dentro del espejo. Por un momento, pareció que lo iban a lograr.

Él se aferró a los brazos de Lara. Pero en ese instante, sintió que lo jalaban con más fuerza de los pies.

Todo fue muy rápido. En un abrir y cerrar de ojos, ambos fueron absorbidos por el espejo.

La tormenta se disipó, las luces se encendieron y el espejo desapareció. En la pantalla del televisor se leía la frase «JUEGO TERMINADO».

## CAPÍTULO 3

Maxi se incorporó de a poco y miró a su alrededor. Podía jurar que conocía muy bien aquel lugar. A escasos metros yacía sobre la hierba el cuerpo de la muchacha que había intentado ayudarlo.

Se acercó y la contempló en silencio durante algunos segundos. ¿Quién era? ¿De dónde había salido? Su larga y negra cabellera contrastaba con la palidez del rostro. A pesar de ser delgada y de brazos finos, había demostrado tener mucha fuerza.

Mientras la observaba, Lara volvió en sí.

—¿Dónde estamos? —preguntó, algo confundida.

—Si la memoria no me falla, creo que estamos en el valle de Evilnor —contestó Maxi mirando a su alrededor.

—¿El valle de Evilnor? ¿Y eso dónde queda? ¿Cómo llegamos hasta aquí? —apoyándose en las manos, Lara se puso de pie.

—Estamos en Imaginarius —afirmó el muchacho, bastante convencido de lo que decía.

—Ah, Imaginarius, ¿cómo no me di cuenta antes? —el tono de Lara tenía un dejo de burla—. Y se puede saber ¿qué diablos es Imaginarius?

—Imaginarius es un videojuego.

Lara lo miró desconcertada. Se preguntó si se trataría de una pesadilla. Recordaba la caída de la bicicleta. Con seguridad se había golpeado la cabeza y aún estaba tirada en el piso sin sentido. Si había pasado así, todo esto era invento suyo.

—Detrás de esa montaña que ves allí, hay un pequeño pueblo —la tomó del brazo para mostrarle la montaña, pero al tocarle el codo ella se quejó de dolor.

Lara se dio cuenta de que no era un sueño.

—¿Estás lastimada?

—Es sólo un raspón, no es nada. ¿Cómo puede ser que estemos adentro de un juego?

—Eso no lo sé. Yo sólo llegué al castillo de Maléficus y entonces... —un molesto zumbido interrumpió la frase de Maxi.

—¿Qué es eso?

—Si es lo que pienso, mejor que encontremos donde escondernos lo antes posible. —No le dio tiempo a que continuara con las preguntas. La tomó de la mano y corrió hacia una pequeña cueva en la piedra al pie de la montaña. El zumbido se hacía cada vez más fuerte.

—¡De prisa! Aquí estaremos seguros.

Entraron a la cueva y se ocultaron.

Casi en el mismo momento en que abandonaron el valle, una especie de avispa de gran tamaño hizo su aparición. Volaba muy despacio. A pesar de que sus alas eran el doble de largas que el cuerpo, las movía a tal velocidad que apenas podían distinguirse. Se desplazaba muy cerca del suelo, como si revisara cada palmo del terreno.

Cada tantos metros recorridos, realizaba un movimiento brusco con la parte trasera del cuerpo y enterraba el aguijón en la tierra casi hasta la mitad. Cuando lo hacía, el zumbido se cortaba y daba paso a otro ruido aún más estremecedor. Era como si inyectara su veneno por todo el terreno.

Lara estaba petrificada de miedo.

Maxi sabía que la única salida que tenían era que el desagradable bicho no los descubriera y siguiera su camino.

Luego de varios minutos de tensión, el avispon se alejó del lugar.

—¿Qué era eso? —preguntó Lara. El corazón le latía con tal fuerza que, por un momento, pensó que iba a salirse del pecho.

—Un Zumbador Real —contestó Maxi.

—¿Y por qué clavaba su agujijón en la tierra?

—Porque se alimenta de los enanos que viven en pequeñas cuevas bajo la superficie. El Zumbador Real recorre el terreno y si sus antenas detectan algún movimiento, entierra su agujijón para...

—No me interesan los detalles —lo interrumpió—. Ya entendí —hizo una mueca de asco—. ¿Cómo hacemos para salir de aquí, señor sabelotodo?

¡Qué carácter! pensó Maxi. Él tampoco sabía cómo salir de allí, ni por qué estaban en ese lugar. Pero si algo tenía bien claro, era a qué criaturas no debían acercarse.

—No tengo la menor idea. A propósito, me llamo Maxi. ¿Y tú?

—Yo, Lara. Por favor, necesito salir de aquí lo antes posible. Mi tía y mi hermano se van a preocupar si no regreso antes de que anochezca.

—Mis padres también. Se supone que llegan a las siete de la tarde. No tengo idea de qué hora es en este momento —miró hacia el cielo para ver la posición del sol, pero un manto de nubes grises cubrían todo el firmamento.

## CAPÍTULO 4

El valle de Evilnor parecía un lugar desolado y aterrador. Entre la escasa vegetación, en su gran mayoría de muy baja altura, apenas sobresalían unos pocos árboles de buen tamaño que, con las ramas libres de hojas, daban la impresión de estar secos. El aire se sentía húmedo y frío.

Al poco tiempo de llegar, una espesa niebla comenzó a caer sobre el terreno. A muy corta distancia de donde estaban, se dibujaba un camino que se perdía en la falda de la montaña. Casi donde dejaba de verse el sendero, se erguía imponente el castillo de Maléficus, una enorme construcción negra, rodeada de altos muros que interrumpían la monotonía del paisaje.

—Si hay una puerta de entrada tiene que haber una de salida —razonó Lara en voz alta.

Maxi pareció no escucharla. Aún no salía del asombro al contemplar aquel lugar. A pesar de que era mucho peor de lo que se veía en el juego, tenía la extraña sensación de estar en el sitio correcto.

—¿Cómo llegaste a la entrada? ¿Dónde la encontraste? ¿Era una puerta eso que nos absorbió?

—Era un espejo —contestó Maxi sin mirarla, mientras prestaba atención a una figura que se dibujaba poco a poco entre la niebla.

—¿Y se puede saber de dónde salió ese espejo? —Lara cruzó los brazos y se paró delante de él. No estaba dispuesta a que la ignorara.

—Shhhh —Maxi la hizo callar y se concentró en unos arbustos que estaban al frente. Le pareció ver algo que se les acercaba.

Lara observó en la misma dirección y también lo notó. Aquello estaba cada vez más cerca. Sin mediar palabra, ambos se dieron cuenta de que quedarse quietos no era una buena idea. La cueva ya no les servía para esconderse, así que corrieron entre la vegetación sin dejar de mirar hacia atrás.

A pocos pasos se toparon con un árbol de mediana altura y de tronco bastante ancho. Lara miró hacia arriba: desde chica trepar árboles era su especialidad, le encantaba sentarse en la rama más alta y contemplar el mundo desde allí; era su pequeño escape de la realidad.

Imposible. No había ninguna rama que estuviera al alcance de la mano.

Los dos se escondieron detrás del tronco y esperaron con nerviosismo.

Una enorme cabeza de ojos saltones y casi sin pelo, hizo su aparición por el costado del árbol.

—Dense prisa que va a volver. ¡No tengo todo el día!

Lara gritó del susto y se pegó a Maxi sin pensarlo.

—Ahora sí que estamos fritos —rezongó la extraña criatura—. ¿Por qué mejor no lo llaman por su nombre? ¡Zumbador! —ironizó.

Los ojos parecían salirse de la cara. Mientras los regañaba, el resto del cuerpo apareció frente a los muchachos. Era muy pequeño, apenas la mitad de alto que Maxi. Tenía una cabeza tan grande que daba la impresión de que si la movía con fuerza, se caería para uno de los lados. Estaba vestido sólo con un pantalón muy roto y deshilachado. Al no llevar ropa por encima de la cintura, lucía una enorme barriga peluda. Tenía manchones de barro por todas partes.

—¿No me escucharon? ¡Síganme! —ordenó con voz chillona. Mientras hablaba, empezó a alejarse muy rápido en dirección contraria a la que había llegado.

—Vamos —dijo Maxi, y arrastró de nuevo a Lara tras los pasos del pequeño personaje.

Ella, que aún no se reponía del susto, no supo por qué obedecía las decisiones del muchacho. Estaba acostumbrada a ser quien siempre daba órdenes a los demás, pero por algún motivo desconocido sentía que Maxi hacía lo correcto.

No habían recorrido más que unos pocos metros, cuando el extraño personaje que iba delante desapareció de repente. Fue como si la tierra lo hubiese tragado por completo.

Maxi se detuvo de golpe. Lara, que lo seguía de cerca y miraba todo el tiempo hacia atrás convencida de que algo lo perseguía, no se dio cuenta de que el muchacho estaba inmóvil delante de ella y se lo llevó por delante.

Maxi cayó al suelo por el empujón. Lara mantuvo el equilibrio con gran esfuerzo. Cuando él intentó incorporarse, se topó de nuevo con la cabezota de ojos saltones que asomaba de un hoyo en la tierra.

—Por aquí —les hizo señas con la mano y desapareció adentro del agujero.

Se miraron algo desconcertados. Al parecer quería que los siguiera.

—Ni pienses que voy a entrar ahí —Lara pareció muy segura de su posición.

En ese momento se escuchó a lo lejos un zumbido que se acercaba a toda velocidad hacia ellos.

Maxi no hizo caso al comentario y siguió los pasos de la criatura. Ella miró hacia atrás y vio al Zumbador aparecer entre la niebla. No tuvo más opción que meterse en el agujero.

El orificio de entrada era el comienzo de un largo y oscuro túnel que parecía no tener fin. Al principio la luz del exterior iluminaba los primeros metros, pero luego desaparecía al punto de que ya no se veía nada. El camino era muy angosto, había que recorrerlo con las manos y las rodillas apoyadas en el suelo. Las paredes, de tierra, se desgranaban cada vez que alguno de ellos las rozaba.

Cuando quedaron a ciegas, detuvieron el paso.

—¡Sigán avanzando! —les gritó el pequeño que iba adelante.

Un ruido estremecedor se escuchó.

Pocos metros más atrás, en el mismo camino que recién habían transitado, un enorme agujero se hizo en la tierra. Las paredes se desmoronaron y el piso tembló con fuerza. El agujijón del Zumbador se enterró en el túnel.

—¡No se detengan! —esta vez sí había miedo en la voz del guía.

Como si hubiese escuchado, el Zumbador desenterró el agujijón de esa parte del túnel y comenzó a sobrevolarlo.

Lara y Maxi estaban muy asustados. Él sabía que si hacían el menor ruido, el insecto los encontraría de inmediato, y si se quedaban quietos, sería cuestión de tiempo convertirse en su presa.

La luz del exterior ingresó por el agujero que hizo el agujijón. Esto les daba una pequeña ventaja, por lo que Maxi decidió avanzar.

—¡Vamos, rápido!

La muchacha lo siguió.

Una nueva explosión volvió a sentirse. Esta vez a Maxi le pareció oírla pegada a sus espaldas, y no estaba equivocado. El grito de Lara lo paralizó. Intentó darse vuelta pero el túnel no se lo permitía. Temió lo peor.

El agujijón se había enterrado a escasos centímetros de la muchacha. Parte de sus piernas quedaron sepultadas bajo la tierra de la superficie.

—¡Sáquenme de aquí! —sollozó.

—Tranquila, voy a ayudarte —suspiró aliviado al ver que Lara estaba viva—. ¡Agárrate de mis piernas! —Ella aferró con fuerza los pies de Maxi, mientras él se esforzaba por sacarla de aquella trampa mortal.

Cuando el Zumbador desenterró el agujón para continuar la búsqueda, la presión de la tierra cedió y Lara logró moverse.

Ambos avanzaron otra vez. Luego de recorrer unos metros, una tenue luz que salía del suelo apareció frente a ellos. Ya no sentían el zumbido sobre sus cabezas.

Al llegar a la luz, el muchacho miró hacia dentro del nuevo agujero. Una pequeña mano hizo su aparición en señal de ayuda.

—Bienvenidos a mi casa.



# IMAGINARIUS

¿Qué sucedería si tu videojuego favorito te transportara a un increíble mundo, donde deberás enfrentar a uno de los villanos más malvados de la historia?

¿Serías capaz de vencer a insectos gigantes, resolver acertijos y superar difíciles pruebas para volver sano y salvo a tu hogar?

Maxi y Lara están a punto de descubrir que *Imaginarium* es mucho más que un videojuego. En sus manos estará la llave para liberar a personas, tan reales como ellos, de la opresión de Maléficus.

Ingeniosa, llena de acción y de suspenso, la novela tiene el ritmo de los videojuegos pero agrega algo más que estos no pueden ofrecer: la existencia de personajes con emociones, afectos y rechazos, en situaciones donde existe la solidaridad pero también la traición.

¡Cuidado! Cuando leas este texto, no lo hagas solo. Es posible que cuando levantes la vista del libro ya no te encuentres en tu hogar.



MARCOS VÁZQUEZ (1965, Montevideo) estudió informática y se ha dedicado al desarrollo de programas de computación en el área de comunicaciones; actualmente dirige una empresa orientada al “marketing móvil”. Su devoción por la escritura y las artes escénicas siempre lo acompañó. Ha escrito varias obras de teatro para niños y participó en su dirección, puesta en escena y actuación, así como en la composición de algunos temas musicales. *Imaginarium*, su primera novela, es una síntesis original de su amor por las letras y su pasión por la informática.

